

Una mansión en el corazón de Escocia  
será el escenario de una confrontación familiar

# Françoise Bourdin

Como el agua  
y el fuego



MAEVA

# Índice

[Como el agua y el fuego](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Créditos](#)

*Para Jean Arcache, con quien comparto el amor a la familia,  
un rincón de Normandía, una bonita aventura literaria  
y, sobre todo, una firme amistad*

1

**A** Kate la cautivó desde el principio. Lo veía como un joven de un encanto excepcional, muy distinto a sus hermanos, que la sometían de la noche a la mañana a juegos brutales y palabras desconsideradas. El primer día, conquistada, solemnemente tendió a Scott su manita de niña, presintiendo que a partir de entonces sería su único amigo.

A sus trece años ya conocía la tristeza de haber sido separada de su padre y haberse quedado sin ninguna referencia masculina. A la heredad de Gillespie había llegado con unas ganas horribles de seguir llorando, como desde hacía meses. Su padrastro, Angus, no la había recibido con los brazos abiertos, sino con una mirada escrutadora que le daba miedo. La casa, una gran mansión victoriana, la intimidaba tanto que no se imaginaba ni una noche en ella. Hasta el propio paisaje le inspiraba terror, a pesar de su grandeza. Sin embargo, su madre no se molestaba en consolarla ni en tranquilizarla; juzgaba sus lágrimas de simples caprichos de chiquilla mientras ensalzaba por enésima vez las múltiples ventajas de su nueva vida.

Nueva, sí, porque de ahora en adelante todo iba a cambiar. El matrimonio de su madre en segundas nupcias con Angus Gillespie comportaba un vuelco radical, aunque no todo en ese vuelco fuera motivo de alegría. Atrás quedaban los colegios de Kate y de sus hermanos, sus amigos, sus actividades, y también su apartamento de París. En el contenedor enviado a Escocia había mucha ropa, pero solo una parte de sus libros y juegos, que habían dejado en Pa-

rís porque estorbaban demasiado. Rumbo a Glasgow, a los cuatro se les encogió el corazón cuando vieron, por las ventanillas del avión, que el territorio francés se alejaba.

En Gillespie no había nada salvo espuma en el mar, niebla en las colinas y rebaños de ovejas en la lejanía. ¿Por qué había decidido su madre enclaustrarse con ellos en un lugar así? A Kate le resultaba inconcebible que se hubiera enamorado de Angus, un hombre de rostro severo, alto, robusto, con algunas canas plateadas en su rizada cabellera pelirroja, unas facciones como cortadas con cincel en una roca, y una mirada pálida que hurgaba en las personas hasta el alma. Aunque a Kate le horrorizase tener que llamarlo «padre», aceptaba la nueva costumbre desde que había descubierto que era una manera de considerar a Scott como otro hermano.

Gillespie era una heredad enorme, donde la vista se perdía no solo en pastos para las ovejas, sino en tierras de cultivo cubiertas de cebada, que se cosechaba para las destilerías donde se elaboraba el whisky, principal riqueza de la familia desde hacía varias generaciones. A partir de entonces, y durante años, Kate oiría hablar mucho sobre malteado, moltura, destilación y fermentación, temas que Angus abordaba sin descanso en las comidas, bombardeando a Scott con preguntas muy específicas. Aunque deseaba retirarse para poder dedicar más tiempo a la caza y el golf, le angustiaba la idea de pasar el testigo a su único hijo.

Después de que un antepasado comprara las tierras y adquiriera con ellas, conforme a la costumbre escocesa, el título de barón, los Gillespie no habían dejado de prosperar, y ahora Angus contaba con que Scott perpetuaría el linaje, de ahí lo estricto de su educación, fruto también de la desilusión y la inquietud de un padre con un solo descendiente. Tras varios años sin quedarse embarazada, su primera esposa, Mary, había vivido una pesadilla al dar a luz a Scott (en Gillespie, no en el hospital), y desde entonces, a pesar de la insistencia y de los ruegos de su esposo, se había negado categóricamente a un segundo embarazo. Para colmo, no solo no manifestaba un amor de madre desbordante

te, sino que alimentaba una especie de rencor hacia Scott por haber llegado tan laboriosamente al mundo. Parecía que quisiera huir de Angus y de la casa. De ahí le vino su pasión por la cría de ovejas. Tras aumentar el rebaño, consiguió que Angus le comprase una pequeña fábrica textil que se estaba quedando obsoleta, y en la que podría explotar por su cuenta la lana de las ovejas. Mary se divertía mucho diseñando los motivos de las chaquetas de punto, las bufandas y los gorros. Salía siempre muy temprano y volvía muy tarde, hasta una noche en la que no volvió. Su coche había ido a parar al fondo de un barranco. Tardaron varios días en localizar los restos. Debía de haber muerto en el acto. Eso, al menos, era lo que esperaban todos, porque se había quedado aprisionada por la chapa y el cinturón de seguridad.

Para Angus el golpe fue muy duro. Dentro de la desgracia, tuvo la suerte de que su hermana Moïra, que llevaba mucho tiempo viviendo con él, tomara a su cargo la intendencia de la casa, una responsabilidad a la que había renunciado antes de la boda de Angus y que estuvo encantada de recuperar. La pequeña familia fue tirando durante una temporada. En vista de lo bien que se llevaba Scott con su tía Moïra, Angus aprovechó la corta edad de su hijo para dedicarse a los negocios. Las destilerías daban beneficios, y la fábrica de lanas la mantuvo en recuerdo de Mary. Acto seguido se propuso ampliar su mermada familia. Asignó el cargo de administrador a David, uno de sus primos arruinados, y emprendió la búsqueda de una nueva esposa. Sin embargo, se había vuelto receloso con el sexo femenino y ninguna mujer le parecía la adecuada. La única que podría haberle convenido era de ciudad, y se esfumó ante la perspectiva de vivir en Gillespie.

Mientras tanto, Scott se iba haciendo mayor. Bajo la demasiado laxa autoridad de su tía Moïra, se convirtió en un niño revoltoso, tozudo e impertinente, y Angus acabó por mandarlo a un internado. La institución elegida fue un centro de élite, tan célebre por su rigor disciplinario como por sus buenos resultados, en el que Scott recibió una educa-

ción ejemplar que abrió su mente a las más diversas materias e hizo de él un deportista consumado. Jugaba al rugby, montaba a caballo y practicaba el boxeo, la esgrima y la escalada. Siempre que volvía a casa, en vacaciones, Angus le asignaba trabajos iniciáticos, como esquilar a las ovejas o cosechar la cebada. De esos años de internado, que habrían podido hacerse muy duros, Scott solo guardaba buenos recuerdos, porque los malos ya no los tenía en la memoria, y sobre todo porque conservaba muy buenas amistades.

Al término de su escolarización pudo disfrutar de un año sabático. Angus aceptó regalarle un viaje de unos cuantos meses por Europa con la misión de observar el funcionamiento de las grandes fincas agrícolas fuera del Reino Unido. Aunque aquel soplo de libertad le vino bien a Scott, ya un hombre hecho y derecho, estuvo contento de volver a Gillespie, donde sabía que lo esperaba su padre para pasarle el testigo.

Lo último que preveía, en su impaciencia por hacerse valer, era toparse con una madrastra, ya que Angus había optado por no decirle nada sobre su segunda esposa. Según él, era un tema demasiado serio y personal para abordarlo por teléfono, y no le avergonzó alegar que guardaba la «buena» noticia para el regreso de Scott, quien, frente a los hechos consumados, tuvo la impresión de recibir una ducha de agua fría. La madrastra se llamaba Amélie y era una francesa divorciada con cuatro hijos mayores que habían venido con ella.

Los tres varones, John, George y Philip, eran adolescentes. En cambio, la hija, de trece años, todavía era una niña, y fue la única a quien Scott miró con buenos ojos adivinando en ella a un ser perdido al borde de la desesperación. Los chicos, mientras tanto, ya campaban a sus anchas por la casa y, aunque solo llevaran unas semanas viviendo allí, se comportaban como si fuera terreno conquistado. Saltaba a la vista que su educación dejaba mucho que desear, algo en lo que Angus, sin embargo, no parecía tener ganas de intervenir. Feliz de haber hallado a una esposa, toleraba a

su prole sin interesarse demasiado por ella. Eran hijos de otro hombre, inglés, para colmo, y lo único que merecían era una vaga benevolencia en consideración a Amélie, pero en ningún caso el esfuerzo de llevarlos por el buen camino.

Por su parte, Moïra parecía debatirse entre la dicha de que su hermano hubiera vuelto a casarse y el recelo ante una desconocida que había aterrizado con toda su tribu. Fue en esos términos como se sinceró con su sobrino en cuanto regresó, calificando de «adorable» a la pequeña Kate, pero de «odiosos» a los tres muchachos. De los cuartos asignados a estos últimos salía sin cesar un ruido de pelea y una barahúnda de músicas discordantes. Kate, por el contrario, se deslizaba silenciosa por los pasillos, y era frecuente encontrársela quieta frente a una de las ventanas, como absorta en la contemplación del parque.

La palabra «parque», a decir verdad, era demasiado pomposa. Angus no era un enamorado de los jardines bonitos, ni daba importancia a las flores que de vez en cuando recogía Moïra. Él se conformaba con que el césped estuviera bien cortado, tarea que con mayor o menor acierto desempeñaba su primo David a lomos de un ruidoso aparato. Como nunca se podaban los árboles, cada vez que se producía una ventolera, los caminos quedaban atravesados por ramas secas. Aun así, gracias a dos fuentes de piedra y algunos bancos de hierro forjado, el lugar respiraba un encanto romántico que hacía las delicias de Kate, descubridora de mil y un escondrijos que le permitían huir de la tiranía de sus hermanos y de la indiferencia de su madre. Fue en ese jardín donde pasó la mayor parte de su primer verano en Gillespie, temerosa de empezar en la escuela y lanzarse de nuevo a lo desconocido. Escribía cartas en secreto a su padre, aunque no podía echarlas al correo porque no tenía su dirección. Tampoco él había dado señales de vida desde el divorcio, y Kate no se atrevía a pedir información a su madre. Por supuesto que era mucho mejor aquel silencio que las horrendas discusiones de la época de la separación, pero a Kate se le encogía el corazón siempre que pensaba en él. ¿Volvería a verlo alguna vez? ¿Había olvidado a sus

tres hijos y a su «adorada» niña, como tan a menudo la llamaba? ¿Se había vuelto a casar como su madre? En su ignorancia, Kate sufría sin poder abrir el corazón a nadie. Sentada a la sombra de una roca, o junto a una de las fuentes, con un libro abierto en las rodillas, seguía escribiendo inútiles misivas en las que plasmaba su desasosiego.

Fue en uno de esos días grises y destemplados que anunciaban la llegada del otoño cuando la sorprendió Scott. Llevaba un jersey sobre los hombros, un hacha en las manos y el pelo apelmazado de sudor.

—¿Lees algo interesante? —preguntó al plantarse frente a ella.

Kate se derritió de gratitud por que se hubiera parado a dirigirle la palabra y le sonriera.

—*Los miserables*, una novela en francés.

—¡Ah! ¿Victor Hugo? Qué sería...

—Es que no sé cuál será el programa del colegio y no puedo adelantar lecturas, aunque supongo que tendré que dedicarme desde el principio de curso a los escritores ingleses. ¡O escoceses!

—En cualquier caso, te irá bien ser perfectamente bilingüe.

—Mi padre es inglés —le recordó ella.

Se sonrojó al decirlo. ¿Tenía derecho a hablar de su padre? Apresurándose a cambiar de tema, se interesó por si Scott conocía la escuela.

—No, es solo para niñas.

—¡Ah, mejor, así estaré tranquila! A veces los chicos... son insoportables.

Temió por segunda vez haber cometido una torpeza.

—Bueno, al menos mis hermanos —precisó con una pequeña y elocuente mueca—. Ya te habrás dado cuenta.

Vio pasar una sombra por el rostro del joven, que contestó como si midiera sus palabras.

—He vuelto hace demasiado poco tiempo como para tener formada una opinión.

—¿Tú a su edad eras muy revoltoso?

—Sí —reconoció Scott—. ¡Mucho! Pero no tenía hermana.

—Ah, pues ahora estoy yo —dijo ella atolondradamente.

Scott la miró de forma extraña, antes de asentir con la cabeza y recoger el hacha que había dejado a sus pies. Disgustada por la idea de que ya se fuera, Kate se levantó con la intención de acompañarlo.

—¿Vienes de talar árboles? —quiso saber.

—No, solo he cortado leña. Las chimeneas son insaciables, y pronto hará frío. Seguro que el clima escocés te parecerá menos benévolo que el de París.

Scott no dio muestras de querer quitársela de encima cuando ella le dio alcance.

—¿Conoces mi ciudad?

—No. Este año viajé unas semanas a Francia, pero en París solo he estado de paso.

—¡Ah, pues te encantaría! Es fantástica. Hay gente en todas partes y un montón de cosas que hacer o que ver. A mí me gustaba mucho mi colegio, cerca del jardín de Luxemburgo, un parque adonde iba a pasear con mis amigas. Tiene parterres de flores, esculturas, un estanque muy grande y... Y...

A pesar de sus esfuerzos, sufrió una especie de hipo y rompió a llorar, tapándose la cara con las manos.

—¿Kate?

Sintió que Scott le rozaba el pelo con un gesto muy dulce.

—No llores —murmuró él—. Te entiendo.

Kate aún no tenía fuerzas para charlar desenfadadamente, aunque hubiera pensado lo contrario, y evocar París la había inundado de tristeza. ¿Qué hacía en aquel país desconocido, rodeada de extraños? Siempre disimulaba el llanto porque sus hermanos se burlaban de ella y su madre le echaba sermones. En cambio, Scott no parecía irónico ni molesto.

—Lo siento mucho, lo siento mucho —repitió enjugándose las lágrimas con la manga—. Me siento tan...

—¿Perdida? Es normal. No estás en tu casa.

—Dice mamá que aquí estamos en casa.

—Pues claro —respondió Scott sin convicción.

Su titubeo no pasó desapercibido a Kate, que se dio cuenta de que acababa de decir una nueva tontería. La situación la sobrepasaba. Advirtió, sin embargo, que Scott habría podido aborrecerlos a todos, a ella, a sus tres hermanos, incluso a su madre. ¿Qué había sentido al verlos instalados en su casa? El cobarde de Angus le había dejado el placer de descubrirlo por sí mismo. ¿Qué impresión debía de haberse llevado! ¿Y si decidía irse a vivir a otra parte? A fin de cuentas pertenecía al mundo de los adultos. Podía hacer lo que quisiera, incluso irse.

—No debemos de caerte muy bien —dijo apenada.

Oyó una risa y levantó la cabeza para observar a Scott. No se le apreciaba ninguna hostilidad, tan solo diversión.

—Qué graciosa eres, Kate. Mis sentimientos tienen poca importancia.

Acababan de salir al camino principal. De pronto se cernía sobre ellos la casona. La adolescente redujo el paso con un escalofrío.

—Voy a encender una buena hoguera. Si quieres seguir leyendo, en el salón tendrás calor.

Scott le puso una mano en el hombro, como si la animara a seguir.

—Todo irá bien —añadió en voz baja.

Por primera vez, Kate se sintió reconfortada. Tenía una necesidad desesperada de creer en sus palabras. Además, en compañía de Scott no se sentía tan perdida. Levantó la vista hacia la alta y blanca fachada tratando de localizar la ventana de su cuarto, pero perdió la cuenta. Cuando se dio la vuelta, Scott ya se alejaba en otra dirección, balanceando el hacha con la mano.

**A**mélie se apartó de la ventana a toda prisa en cuanto su hija levantó la cabeza. Acababa de asomarse de forma maquinal, convencida de que a esas horas no habría nadie en

el parque, y la irritaba haber descubierto a Kate con Scott. Saltaba a la vista que aquel joven no les tenía ninguna simpatía. ¿Qué podía haberle dicho a su hija? ¿Se había perdido Kate en el pequeño bosque que se extendía donde acababa el césped? Se pasaba todo el día fuera, con un libro bajo el brazo, cara de entierro y los ojos hinchados. Pero ¿cómo no se daba cuenta de la suerte que tenía, por Dios? Encontrarse de pronto, inesperadamente, en una mansión preciosa a dos pasos del mar, rodeada de lujos y matriculada en un colegio privado... ¿Qué habría sido de ella y sus hermanos si Amélie no hubiera conocido a Angus en el momento oportuno ni lo hubiera conducido a una boda rápida? El enlace lo solucionaba todo. Estaban salvados. Por otra parte, el esfuerzo de Amélie era muy relativo, ya que tampoco podía decirse que Angus le desagradara. Enamorada no estaba, eso por supuesto. Ya no se consideraba con edad para cursilerías románticas. ¡Para lo que le habían servido con Michael...! Una boda de ensueño, una corona de flores virginales sobre la cabeza, la boca llena de promesas de eternidad... Su «inglés guapo», como lo llamaba entonces, había hecho latir su corazón, pero después de dejarla embarazada cuatro veces había perdido el interés por ella y la había abandonado a su suerte... En los tres primeros años nacieron los tres niños, sin interrupción. Si por ella fuera, se habría plantado ahí, pero por desgracia Michael estaba empeñado en tener una hija, y la tuvieron con la misma rapidez. Durante una temporada formaron una familia digna de ese nombre. Vivían en un piso muy bonito, proporcionado por la empresa donde trabajaba Michael, en pleno barrio de Saint Germain des Prés. De día Amélie cuidaba a los niños, y casi todas las noches salía con Michael. Al principio le enseñaba la ciudad, orgullosa de su condición de parisina, pero él no tardó en descubrir por sí mismo los locales de moda. Le gustaba salir de noche, siempre entre amigos, y parecía infatigable. Ahora bien, no era él quien se levantaba para dar los biberones. Mucho fingir que adoraba a sus hijos, pero nunca se ocupaba de ellos. Y así pasaron volando los años, sin que Amélie se diera cuen-

ta de nada, ni del desgaste de la vida cotidiana ni de que las colaboradoras de Michael fueran siempre demasiado guapas. Él empezó a ausentarse cada vez con mayor frecuencia, escudándose en congresos, reuniones, simposios... Y ella, como una idiota, se lo tragaba todo con la desconcertante ingenuidad de las mujeres. Michael casi nunca estaba en casa los fines de semana, y si pasaba algún domingo en familia parecía horrorizado por el ruido y la efervescencia que reinaban en el hogar. El apartamento era un campo de batalla, y Amélie ya no tenía tiempo de cuidarse. Una mañana se encontró en el cuarto de baño una carta de Michael, demasiado cobarde para anunciar su decisión de viva voz. Había conocido «a alguien», escribía.

Después de varias discusiones épicas, llegó enseguida el divorcio entre ruido de tambores. Defendido con brillantez por un abogado astuto y bien pagado, Michael solo tuvo que desembolsar una pensión risible. ¡Y encima, el juez, al oír el argumento de que la empresa donde trabajaba Michael concedería seis meses a Amélie para cambiar de piso, estimó que esa limosna debía computarse como prestación compensatoria! Ella ganó algunos meses más a base de lloriquear, y gracias a ello los niños pudieron seguir viviendo con normalidad mientras buscaba una solución urgente. ¿Volver a trabajar? Tardaría un montón en encontrar trabajo y seguro que acabaría con una miseria de sueldo. No, tenía cosas mejores que hacer, como por ejemplo cuidarse, y es que a sus casi cuarenta años aún podía estar orgullosa de su cuerpo. Fue ella esta vez la que empezó a salir, dejando a los niños al cuidado de ellos mismos, y entonces tuvo la suerte inaudita de conocer a Angus. Estaba en París solo de paso, así que había que darse prisa. Mientras él se explayaba sobre Gillespie, sus destilerías y su fábrica de lanas, ella iba descubriendo todas las ventajas de esa espléndida oportunidad. ¿Escocia? ¡Pues adelante con Escocia! Por lo que a ella respectaba, la preciosa mansión cuya foto le había enseñado Angus podía estar en cualquier sitio. Estaba dispuesta a vivir en ella a condición de convertirse oficialmente en la señora Gillespie. Angus le ha-

bló vagamente de Scott, su único hijo, de veintidós años, pero Amélie no le hizo mucho caso, ocupada como estaba en subyugarlo con ardidés de mujer fatal. Al ser consciente de que ponía en el cesto de la novia el peso de cuatro hijos, desplegó toda la sensualidad que tenía dentro llevando a Angus al séptimo cielo.

Sonrió al recordarlo. Ahora a su marido lo tenía pillado y bien pillado, bebiendo los vientos por ella. El precio de su elección era que Angus, a pesar de sus sesenta años, se mostraba tan ardoroso como un hombre joven y hacía uso casi cada noche de sus derechos conyugales. Pero tampoco era tan grave, a fin de cuentas. Él tenía cierto encanto tosco, en las antípodas de la afabilidad de Michael, y Amélie no quería nada que le recordase su primer matrimonio. Esa página la había pasado; con cierta precipitación, tenía que reconocerlo, y era normal que a los niños les costara un poco adaptarse a su padrastro, pero ya se acostumbrarían, como a la magnífica mansión que ahora era su nuevo hogar. Tenía la esperanza de que las actividades físicas del campo los apaciguasen, y por ello les daba rienda suelta. Quizá Angus le ayudara después a completar su educación. Si les tomaba cariño a los chicos, o incluso a Kate, tendrían el futuro asegurado. De momento, Angus creía tener un solo hijo, pero seguro que con el tiempo podría incorporar a sus hijastros a sus negocios y su herencia... Como buen escocés había exigido un contrato matrimonial, pero ese contrato, como todos, se podía modificar. Amélie sabía lo que quería y cómo conseguirlo.

Se acercó otra vez a la ventana. Ahora el parque estaba vacío. Scott y Kate habían desaparecido. No pintaban nada juntos. La antipatía manifestada por el joven distaba mucho de resultarle molesta. Al contrario, contaba con usarla para hacerse la mártir. Le diría a Angus que se sentía rechazada por su hijo y, ya puestos, por su hermana, visto que Moïra la había recibido con unas reservas rayanas en la frialdad. Ahora tendrían que acostumbrarse todos a considerarla como la señora de la casa.

Dio la espalda a la ventana para fijarse en la decoración del dormitorio. Paredes revestidas de madera oscura, arabescos pintados al fresco en el techo, cortinas pesadas, polvorientas... Todo pedía a gritos una buena reforma y el toque alegre del famoso buen gusto francés, que Angus sabría apreciar. Empezaría por ahí antes de extender su huella al resto de la casona. Los niños estaban alojados en la misma planta, pero en el ala oeste, y de momento les encantaba su independencia. Indiferentes a los muebles y al color de la pintura, se conformaban con sembrar el caos poniendo música a todo volumen. En cambio Kate parecía amedrentada por su habitación, exageradamente grande, con paredes de un terciopelo que con el tiempo ya no era gris, sino amarillo. Hasta el propio Angus había esbozado una mueca al abrir la puerta. Moira, consternada, adujo entonces que al menos la pequeña no estaría muy lejos de su madre. La casa disponía de un gran número de dormitorios, pero había pasillos, escaleras y recodos por todas partes, y a los recién llegados les costaba orientarse. A los dos días, después de dar varias vueltas por la que era ya su propiedad, Amélie tenía toda la distribución en la cabeza. Moira, el primo David y Scott vivían en la segunda planta, lo cual significaba que Angus debía de haber pasado algunos años solo en la primera. ¡Miedoso no era, estaba claro!

Fue a sentarse al pie de la cama, pensativa. ¿Estarían a gusto los niños cuando se hubieran aclimatado? Era un lugar magnífico, de eso no cabía duda, y podían considerarse en su casa. Dentro de poco se habrían acostumbrado a llamar «padre» a Angus, cosa que inevitablemente afianzaría su vínculo con él. Amélie no quería forzarlos. Era mejor dejar que descubriesen por su cuenta el placer de vivir en una finca como aquella, recorriendo las tierras inmensas que la rodeaban y practicando todos los deportes que quisieran sin preocuparse por el dinero. Ella, por su parte, se congratulaba de su elección, y se sentía dispuesta a tomar gusto por Gillespie y rehacer allí su vida. No echaba de menos París, demasiado ligado a la zozobra por su porvenir y el de